

CAPITULO XVI

De la llegada á Tlaxcala, y de lo que pasó en ella hasta salir á las batallas.

142. A 16 de Julio, por curarse del golpe que traía en la cabeza y la herida en el brazo, salió Cortés con su ejército para entrar en Tlaxcala, de donde salieron los señores con cien mil indios á recibirle: hospedóse en las casas de Maxizcatzin, donde, aunque estaba muy malo de la herida, que se aporismó, sanó con los medicamentos. Halló á Juan Perez con ochenta soldados, á quien daba Maxizcatzin cien mil guerreros para que fuese á México á socorrer á Cortés, y que se había excusado por aguardar el orden; y riñóle, llamándole de cobarde, que en peligros semejantes no se ha de atender á la cartilla del orden, sino acudir á la mayor necesidad, acrecentándose el pesar con saber que á Luzte, que iba con su recámara con ochenta soldados y un hijo de Maxizcatzin le habian muerto los mexicanos doce dias habia, y así apareció en una corteza de árbol escrito: «Por aquí pasó el des-

graciado Luzte, que por unas pocas de tortillas dió una barra de oro que valia cuarenta ducados.» Y entrando á visitarle las viudas de los que habian muerto, y las parientas, llorando le pedian que vengase aquellas muertes. Consolólas con lágrimas de ternura y promesas de venganza. Preguntó si habian venido por el oro de Costarica, y diéronle su carta y razon de que lo habian llevado Juan de Alvarado y dos vecinos, pero despues se supo cómo los de Tuztepec los habian muerto y quitado el oro.

143. Con el deseo de saber de los de Costarica despachó tres tlaxcaltecas con cartas: tuvo la nueva de que no habia llegado Alcántara, y la relacion que habian tenido de sus batallas, que la dió á los españoles el de Zempoala: hízose la cuenta, y halló que cerca de cuatrocientos y cuarenta soldados le habian quedado vivos, y los más estaban heridos; que de ellos murieron ocho en Tlaxcala, y no habia más que veinte caballos, doce ballestas y siete escopetas, sin pólvora: hízoles una plática de que diesen gracias á Dios de haber quedado con vida, y les mandó y rogó no hiciesen mal ni agravio á los tlaxcaltecas, pues tanto bien de ellos recibian.

144. En este ínterin los mexicanos hicieron fiestas por la libertad, y no les faltó pesar, porque de un negro que trujo Narvaez, que murió de viruelas, tuvieron peste de ellas, que comenzó en Chalco, y en México murieron muchos, y entre ellos Cuitla-

huatzin, que sucedió al emperador Motecuhzuma, rey de Iztapalapan, y sucedió Quauhtemoc, mancebo de veinticinco años, porque casó con una hija de Motecuhzuma muy hermosa. En Tlaxcala se partieron los despojos, y dió Cortés á Juan de Salamanca el penacho que quitó al capitan, y despues el emperador lo hizo poner por trofeo en las armas que le dió.

145. Los mexicanos, aunque festivos, no dejaron de estar temerosos, sabiendo que habian sido los españoles de los tlaxcaltecas recibidos, y despacharon cuatro embajadores á la Señoría de Tlaxcala, pidiéndoles que hiciesen liga con ellos y que echasen de sus tierras á los castellanos, que gozarian de lo que tenian con amistad en su imperio. Juntáronse los de Tlaxcala, como acostumbraban, á tratar de la respuesta. Maxizcatzin dijo que su parecer era conservarse en la amistad de los españoles, porque despues que ellos habian venido se veía la República rica de oro, plumería, ropa y otras muchas cosas, y que ya conocian eran sus enemigos los mexicanos; que en consiguiendo lo que pedian, faltarian á la palabra y seria como ántes, y aun peor, la enemiga. Xicotencatl el mozo, con el odio que tenia á los castellanos, fué de contrario parecer, y dijo: que los mataran y sacrificaran á todos. Enojado Maxizcatzin, le dió un puntapié y le arrojó por la escalera abajo, y lo hizo poner en prision porque supo que andaba haciendo conjuracion con-

tra los españoles; y así fué la respuesta: que no habia lugar de lo que los mexicanos pedian, que seria afrenta el quebrar las paces que tenian sin ocasion de agravio.

146. Cortés, que supo la respuesta, fué á dar el agradecimiento y juntamente á ofrecerse al servicio de la república: dijo que sabia estaban agraviados de los de Tepeaca y su jurisdiccion; que les habian muerto ciertos tlaxcaltecas; que se hiciese concierto de que le ayudasen; que de todo el ganado partiria con la señoría, reduciendo á la obediencia de Su Majestad por vasallos á los enemigos, pues ellos se daban por vasallos de Su Majestad y querian ser cristianos; que les haria, en nombre de Su Majestad, escritura de conservarles en sus tierras y gobierno: vinieron en ello, y hoy tienen en su archivo guardado el papel firmado de Cortés, que cuando el año de 655 quiso el señor duque de Alburquerque hacer á Huamantla, que les toca, villa de Su Majestad, D. Juan de los Santos, gobernador, con sus alcaldes vino á México con el instrumento y con la cédula del señor emperador que tienen aforrada en tafetan, que lo confirma y da los privilegios que gozan.

147. Lo mas principal fué el que se bautizasen los cuatro señores: Maxizcatzin, nombre de don Lorenzo; Xicotencatl, don Vicente; Tlehuexolotzin, don Gonzalo; Citlalpopoca, don Bartolomé. Catequizólos y bautizólos el padre Juan Diaz, y así está en

nuestro convento pintado, y lo refiere Diego Muñoz Camargo, natural de Tlaxcala, historiador de aquellos tiempos, á quien cita el padre Torquemada. Del padre Juan Diaz unos dicen que se volvió á España, otros, que murió en Tlaxcala y que está enterrado en la ermita de San Estéban que se hizo en la sala de Maxicatzin, que hoy está hácia el Oriente de Tlaxcala en una ladera en el camino de Altyhuetzian (*Torq.*, 3 p., cap. 27, fol. 82); lo mas cierto es que en las guerras de Quecholan los indios lo mataron y á otros cuatro soldados, y segun tradicion, está allí enterrado en un lugar alto detrás del convento. Gil Gonzalez en su Teatro dice estar enterrado en la Puebla, y no sé cuándo pudo ser, porque murió catorce años ántes de la fundacion de la Puebla, y despues no consta haber trasladado sus huesos.

148. Pregonó la guerra contra los de Tepeaca, aunque estaba mas para curarse de la herida de la cabeza, que para salir á campaña: los soldados, en particular los de Narvaez, le hicieron requerimientos con escribano, y le pedian licencia para volverse: no se exasperó por eso, porque consideraba el riesgo en que pocos dias habia se habia visto; pero con discretas palabras respondia y con ánimo valeroso los animaba que siendo servicio de Dios y de Su Majestad, teniendo tanta ayuda de los de Tlaxcala, pudiera ser que perdiendo la ocasion que tenia presente, se pudiera llo-

rar despues perdida: prometió dar licencia y consolarlos.

149. Salió con 420 soldados, 17 ballestas y escopetas y cuatro mil valientes tlaxcaltecas, á conquistar á Tepeaca; y tres leguas de allí fueron á hacer noche, donde hallaron seis indios que enviaron á los de Tepeaca á requerir viniesen de paz y les perdonarian la muerte de los españoles y males que habian hecho á los de Tlaxcala; pero como estaban prevenidos con las guarniciones mexicanas, respondieron que no pasasen adelante, que les iria peor que en México y en Otumba: hízose auto de darlos por esclavos, y volvió Cortés con dos mexicanos y seis de Tepeaca á requerirlos; y viendo que estaban en sus trece, dióse la batalla entre unos maizales, y desbaratados los mexicanos, y cogiéronse muchos esclavos, así de los de Tepeaca como de los chulcas. Y viendo los principales la ruina, dieron la obediencia y entraron en Tepeaca victoriosos. De allí pasaron á Acatzinco y á Quechula, y se sujetaron. Fundóse en Tepeaca la villa intitulada de Segura de la Frontera: nombráronse alcaldes y regidores: dióse orden que de allí se sujetasen los demás pueblos, y se hizo un hierro para herrar los esclavos, que fué una G., que quiere decir guerra: envió Cortés al capitan Francisco de Salcedo á Tecamachalco con ochenta soldados, y sucedióle mal, porque por descuido los mataron, y envió á Cristóbal de Olid con tlaxcal-

tecas que los sujetó, y juntamente á los de Tochtepec, y á los que salian á robar á algunos españoles en el despoblado de las lagunas de las sierras, que los engordaban, y desnudos en sus patios los garrocheaban, y muertos con esta crueldad los comian: prendieron hasta cuarenta, que de la misma suerte fueron castigados, y con esto cesaron los robos.

150. En este tiempo no descansaba Cortés por otro lado, porque el señor de Quahquecholan, que en México en tiempo de Motecuhzuma habia dado la obediencia á Su Majestad, y Cortés le avisó cómo Quahquemoc, que era electo emperador por muerte de Clutlahuatzin, que habia muerto de viruelas, le enviaba un ejército de mexicanos para que no le consintiese apoderarse de aquellos pueblos, por haber sabido la victoria de Tepeaca. Cortés envió á Diego de Ordaz y á Alonso de Avila para que Cholula y Huaxotzingo llegasen gentes de armas, y ofreciéronse tantos, que juzgaron fuese la que trazaban traición contra los españoles y tlaxcaltecas. Remitieron á seis principales á Tepeaca, donde estaba Cortés, y averiguado ser lealtad, salió en persona. Juntóse con los de unas, que irían hasta cien mil indios amigos, contra veinte mil mexicanos que estaban en Quahquecholan con tanto secreto, que legua y media ántes que llegaran fueron sentidos; y aunque quisieron volverse de la ciudad no lo consintieron, huyeron, y

quedaron muchos muertos, y de los que se valieron de la fortaleza de un templo, fueron presos dos capitanes, de quienes supo el motivo del mexicano, y sabiendo cómo tres leguas de Quahquechola en Izocan, que llaman Izúcar, estaban ocho mil mexicanos, partió á sujetarlos, y aunque huyeron quedaron muchos muertos: pregonó perdon, y poblaron á los pueblos, prometiendo obediencia: volvió á Quahquecholan, donde faltando el señor por haber muerto, puso á un hijo suyo de ocho años, y por no tener edad, en ínterin dió el gobierno á un hermano suyo, que por hijo de esclava no era legítimo heredero: llevóse á Tepeaca al niño, donde fué por un religioso que vino en aquel tiempo, llamado Fr. Pedro Melgarejo, fué catequizado y bautizado, y viéndose cristiano se entristeció y preguntó al padre que cuándo le habia de sacrificar, á que le satisfizo el religioso y su padrino Pedro de Alvarado.

151. Luego que volvió á Tepeaca supo de Marina que en su ausencia algunos intentaban traición, y castigólos. Vino Barrientos de la Villa Rica y Chinantla, á quien los indios amaban: llegó Cristóbal de Sandoval, que habia ido á castigar los de Xalantzinco y Zacamilpan, donde halló vestidos de españoles, armas y frenos, y dos sillas que habian á sus ídolos ofrecido: pacificó toda aquella tierra: trujeron gran presa de esclavos; desbarató á los mexicanos y los obligó á que

viniesen á dar la obediencia á Cortés; y con este ejemplar acudian de varias partes con sus pleitos y cacicazgos á Cortés como á señor: hizo Sandoval pesquisa del oro que les habian quitado á los españoles de Villa Rica, y dijeron cómo se lo habian llevado á México al emperador: fué bien recibido de Cortés y de todos los de la villa de Tepeaca.

## CAPITULO XVII.

De cómo se partieron los despojos y esclavos, y de la llegada de algunos navíos.

152. Pacificados ya los lugares, que en toda aquella provincia llegaban hasta más de cien leguas, y sujetos á su majestad; sabiendo que entre los soldados con la ocasion del juego habia tejos de oro y joyas, echó Cortés bando para que todos manifestasen el oro para sacarle el quinto de su majestad. No hubo quien manifestara por entónces, y por muchas razones permitió el que no se llevase á debida ejecucion. Juntáronse los despojos y sacóse el quinto de su majestad, y despues otro quinto para Cortés, que algunos llevaron á mal. Apartóse la parte que le tocaba á la República de Tlaxcala y se le envió; accion que todos agradecieron, y por donde faltó la fidelidad de los españoles acreditada: lo demás se repartió entre los soldados; las plumas y mantas á los indios amigos que habian ayudado á la guerra.

153. En este tiempo llegó al puerto Pedro Barba,

enviado de Diego Velazquez, en un navío chico. Salió Pedro del Castillo en su batel; y como entendió que traía cartas á Narvaez, juzgándole por dueño de la Nueva-España, con cautela preguntó por Diego Velazquez. Dijo que Cortés andaba huyendo con sus compañeros, que Narvaez estaba poderoso y obedecido. La cautela pudo tener lugar, porque bien sabia Pedro Barba que Castillo era de los soldados de Narvaez, y así fué la relacion creible. Díjole que cerca estaba un pueblo donde podia ir á descansar: sacóle del navío, y en llegando á tierra, le dijo: ¡Dáos por preso por orden de Fernando Cortés mi capitán! Dióle noticia de lo sucedido, y alegróse Pedro Barba, por ser íntimo amigo de Cortés cuando fué teniente de la Habana. Dió noticia cómo estaba para salir otro navío, cómo á los ocho dias llegó Rodrigo Morejon de Lobera, y con el mismo estilo y cautela los apresó y remitió á Tepeaca 25 hombres, dos caballos y una yegua. Hizoles Cortés mercedes, y quedaron todos gustosos y contentos.

154. Otros tres navíos llegaron de Garay. Uno en que vino á Pánuco Diego Camargo y, con los soldados enfermos aportó á Costarica y de allí á Tepeaca, y otros vinieron por tierra á dar á Nautla, donde, pensando los indios que eran de Cortés, los regalaron, temerosos por la muerte que le dió á su cacique en México. Luego partió Miguez Diaz de Auzaraganes, que venia á dar socorro á Pánuco, enviado de Garay, y desembarcó cincuenta sol-

dados y siete caballos que traía; y de ahí á poco llegó Ramirez el viejo, capitán de Garay, con 40 soldados y diez caballos y yeguas, de suerte que se habian aumentado ciento y veinte soldados y diez y siete caballos.

155. Tuvo noticia Cortés cómo los de Xalantzingo y otros pueblos salian á los caminos á robar, y cómo habian muerto algunos españoles de los que venian á pié, y que habian robado el oro que les cupo á los de Villarica, que lo quitaron á Juan de Alcántara; y envió á Sandoval, que los castigó, y quedó toda la tierra hasta Tlaxcala obediente á Cortés, de tal suerte, que de muchas partes acudian á componer sus pleitos.

156. Hallándose con soldados y pacífico en la Villa de Segura de la Frontera, y confederado con Tlaxcala, hizo pregonar que el que quisiera volverse, que la daba licencia; y luego el contador Andrés de Duero y Agustin Bermudez, con otros, sacaron su licencia. Dióles á todos para el camino; al piloto Cárdenas trescientos pesos, por ser casado. Escribió á su mujer Catalina Juarez, y con Andrés de Duero le envió un socorro de importancia: despachó, en otro navío para España, á Diego de Ordáz, el capitán que subió al volcan, á Alonso de Mendoza, y Cáseres, dando cuenta á su majestad, que fueron mal recibidos de don Juan Rodriguez de Fonseca, arzobispo de Búrgos, porque era en favor de Diego Velazquez. Con el duplicado

que Martin Cortés (su padre de Cortés) le llevó al emperador ántes que se embarcase para Flandes, tuvieron buen negocio, y á Diego de Ordaz le dió una encomienda de Santiago y puso en sus armas el volcan. Dióse por mal servido del arzobispo de Búrgos, porque faltaron muchas cosas del duplicado en la memoria de las que Cortés envió á su majestad y aun de la relacion que hacia.

157. Despachó tambien otros dos navíos, uno á Santo Domingo á dar parte á la real audiencia y á los padres gerónimos que gobernaban y con cuya licencia habia ido á la conquista, otro á Jamaica con Alonso de Ávila y Francisco Hernandez por yeguas y caballos. Preguntado por qué despachaba en ocasion que necesitaba de soldados, dijo: que mejor estaban solos que mal acompañados.

158. Trató luego de la fábrica de los bergantines para dar principio á la conquista de México, y envia á Martin López á Tlaxcala, quien luego que llegó avisó cómo Maxizcatzin estaba moribundo: fué el padre fray Bartolomé á sacramentarlo, y murió como católico. Púsose Cortés luto por ser íntimo amigo suyo, y le hizo las honras; y en la duda de quién entraba en el cacicazgo, acudieron á él, como lo dejó ordenado el difunto, y dióselo á un hijo suyo, como de derecho venia, con aceptación de todos.

### CAPITULO XVIII.

De la entrada de Cortés en Tlaxcala y de la disposicion para la conquista de México.

159. Hecho el despacho, dejando al capitan Francisco de Orozco en la Villa de Segura de la Frontera con veinte soldados de los que estaban dolientes, marchó con su ejército á Tlaxcala: los tlaxcaltecas con sus despojos y esclavos por delante, y los españoles atrás. Iba con luto el capitan Cortés y los demás capitanes y muchos de los soldados en señal de sentimiento de la muerte de Maxizcatzin. Salió toda la República á recibirlos, y la Señoría con júbilo: unos á otros se abrazaron. Xicotencatl el viejo, al otro dia, hizo junta, y de ella salió que en todo lo que tocaba á la guerra ayudasen á Cortés; el capitan de ellos, el valeroso Chichimecateztlí, fué el que ponía más calor en la materia.

160. Con este buen principio despachó luego Cortés á la Villa Rica por todo el fierro, clavazon, jarcia y velas de los navíos, que trujeron mil indios de los de aquellos pueblos, y unas calderas en que

se hizo la brea, que sacaron de los pinos de Huexotzinco. Envió por dos herreros que estaban en Villa Rica, y un carpintero que ayudase, y cortadas las maderas hay quien diga que en Tlaxcala hizo armar uno de los bergantines para que se animasen los de Tlaxcala á la batalla, y que lo echaron en el rio para la prueba. Hubo opiniones acerca del sitio donde se habian de armar para echarlos al agua. Unos decian que en Ayotzinco, cerca de Chalco habia buenas caletas y disposicion para el intento: otros, que junto á Texcoco, por estar cercana á México su laguna y ser la salada, que es la más á propósito para navegar que la laguna dulce; y esta opinion siguieron.

161. Estando en estas disposiciones, llegó á Villa Rica un navío de las Islas de Canaria, que venia de Castilla con muchas ballestas, escopetas, hilo de ballestas, pólvora y otras armas; Juan de Búrgos por capitán y Francisco Medel por maestre, con tres caballos y trece soldados: nueva que alegró á los españoles. Envió Cortés al punto á comprar toda aquella mercadería, y todos los españoles vinieron á Tlaxcala; y en esto y en todo lo que iba sucediendo se conocia que era en servicio de Dios aquella conquista, pues disponia los socorros para la batalla. Salió Cortés á mediados de Diciembre de Tepeaca para Cholula, donde hizo la confederacion, y estuvo dos dias, y de allí á Tlaxcala, adonde dispuso las cosas de la guerra en quince dias.

## TRATADO SEGUNDO.

DE LAS BATALLAS Y CONQUISTAS QUE HIZO EL EJÉRCITO  
DE ESPAÑOLES Y TLAXOALTECAS EN MÉXICO  
Y SUS CONTORNOS.

1. Excusado pudiera ser este tratado, cuando de tantos y tan grandes escritores ha sido referido, y ahora nuevamente ha salido la Conquista de la Nueva-España por don Antonio de Solís, tan bien escrita, que pudiera quitar á cualquiera los alientos de escribirla. Con todo, por la integridad de mi asunto, no puedo dejar de tratarla; será de lo más verídico y sucinto, sin replicar ni argüir á los que de ella han tratado, porque cada cual abunda en su sentido.